

LIBROS

Verba manent...

Aunque para ello hayan tenido previamente las palabras que convertirse en scripta; hayan debido someterse, como señala Barthes en su inteligente presentación de estas Preguntas a la sociedad actual (1), al autocontrol castrante de quien las pronunció y ahora las revisa antes de su publicación en forma de libro, y el hilo, hasta cierto punto —sólo hasta cierto punto— inocente y espontáneo del discurso, haya dejado paso a una nueva estructuración jerárquica del mismo, a una especie de 'puesta en escena clásica de las ideas', como la califica el semiólogo francés.

Se trata, en efecto, de la transcripción de una serie de diálogos emitidos en su día a través del canal cultural de la TV francesa, y en los que intervienen desde politólogos o sociólogos, como Duverger, Aron o Touraine; demógrafos y ecólogos, como Dumont o Sauvy; dirigentes sindicales: por ejemplo, Maire o Charles Levinson; políticos: Olof Palme o Michel Rocard; profesores de Filosofía: Châtelet, etcétera.

Lo primero que nos llama la atención en estas páginas es la frecuencia con que aparece la palabra "utopía". "Todo el mundo habla de utopía", afirma de entrada el periodista Gilles Lapouge, aunque inmediatamente puntualiza: se trata de una utopía que ha perdido su primigenio carácter liberador para colorearse de unos tintes amenazantes y sombríos, que no se vive ya como esperanza, sino como ansiedad.

¿Es que acaso ha cambiado el contenido de la utopía? No, se responde a sí mismo Châtelet y el propio Lapouge. Lo que ha cambiado es la sociedad que la contempla. Las utopías de un Tomás Moro o un Campanella, surgidas en el seno de una sociedad profundamente injusta e irracional, proponían a los contemporá-

neos la meta ideal de un mundo igualitario, racional y organizado, donde, gracias a los adelantos de la técnica y a los progresos sociales, todas las necesidades básicas de los humanos serían satisfechas sin violencias ni discriminaciones.

Hoy, esa fe en la virtud liberadora de la razón técnica se ha quebrado de modo casi irremediable. Inmersos en un tipo de sociedad tecnocrática, comprendemos finalmente la irracionalidad profunda de un sistema que todo lo subordina —lo mismo las necesidades individuales que las colectivas— a la mera eficacia técnica y a las exigencias de la producción por la producción. La máquina no ha liberado a los hombres, sino que los ha sometido a su dominación, y la buro-

cracia y de control del individuo que adquiere día tras día la publicidad, y que hace que pueda equipararse al ejercido por la propaganda política en los Estados totalitarios; la tendencia a la expansión de los monopolios en los medios de comunicación, con una información cada vez más monolítica como secuela; el sarcasmo que supone el que nuestra sociedad reciba el apelativo de "opulenta" cuando debería calificarse más bien como sociedad de la injusticia y el despilfarro egoísta.

Dumont cita, por ejemplo, el hecho —anecdótico, pero elocuente— de que la sola publicidad de una edición dominical del "New York Times" derrocha tanto papel como el que se em-



¿Es esta la sociedad de la opulencia?

gracia, nuevo poder de base aparentemente racional, se ocupa de administrar con eficacia ese control de los hombres por las cosas, que ocupa el lugar que los utópicos habían reservado a la administración de las cosas por los hombres. En las nuevas utopías del siglo, las de Huxley, Jünger o Werfel, no vemos ya el reverso ideal de nuestro mundo, sino su prolongación lógica, en la que aparecen significativamente agudizados todos aquellos aspectos que hoy se nos presentan como más amenazadores.

Con tono en ocasiones menos apocalíptico que el utilizado por Châtelet y Lapouge, el resto de los participantes en la serie de "France-Culture" llevan a cabo, en sus respectivos diálogos, un diagnóstico lúcido, y acaso por ello pesimista en sus conclusiones, de este nuestro "mundo feliz". Así denuncian el poder creciente de manipulación de las

plea en todos los textos escolares de un país africano como el Camerún en un solo año. O el de que cada vez que en California la población aumenta en mil habitantes, se pierde un kilómetro cuadrado para la agricultura, que se dedica a autopistas, gasolineras, etcétera, y otros servicios que exige el automóvil particular. Basta trasladar, como hace Dumont, este ejemplo a la India, en algunos de cuyos distritos se da una densidad superior a los mil cien habitantes por kilómetro cuadrado, para comprender los posibles efectos de la generalización del sistema capitalista. ¿Qué soluciones ofrece éste? ¿Sustituir el automóvil por el transporte colectivo? No, castigar a los indios y esterilizar a sus mujeres a cambio de un transistor. Todo, en beneficio de la Ford o la General Motors. ■ JOAQUIN RABAGO.

Marcel Lefèbvre: Un integrismo histórico

Este es el último libro de José Chao (1) que interesará a muchos lectores por dos razones: su amenidad periodística y su agudeza al analizar objetivamente un hecho tan mal enfocado por la Iglesia oficial, y en particular por el arzobispo de París, monseñor Marty, y por el propio Papa Pablo VI.

La documentación del libro es exhaustiva, sin demérito de su lenguaje y redacción fluidos, que hacen que el libro se lea de un tirón.

En España hemos tenido una muy deficiente información sobre el fenómeno del integrismo religioso. Fenómeno que sólo puede conocerse a través de lo que ha ocurrido y ocurre en un país tan distinto del nuestro como es Francia. Allí fue —puede decirse— la patria de este integrismo rígido y severo que constituyó una pequeña pero muy influyente minoría en el país vecino.

Su historia —que comienza a principios de este siglo— es muy confusa y llena de sucesos un poco rocambolescos. Un prelado romano, monseñor Benigni, protegió a un inconformista clérigo francés —el ex jesuita M. Barbier—, que disenta de un ambiente católico más bien liberal, que era el predominante entre los obispos franceses. Y —como no todo les era favorable a los integristas— crearon una asociación secreta, La Sapinière, que, con infantiles procedimientos crípticos, se comunicaba con este prelado romano denunciando secretamente las aperturas doctrinales del episcopado francés y de los católicos más significados en aquel país.

El movimiento tuvo poco éxito oficial en la Iglesia, y el Papa Benedito XV escribió una encíclica, "Ad Beatissimi" —que desgraciadamente tuvo muy poca difusión—, en la cual desautorizaba a estos rígidos creyentes, a quienes no bastaba el nombre "católico", sino que necesitaban añadirle el adjetivo "íntegro". Estos tenaces conservadores se irrogaban, además, el privilegio de juzgar y condenar inapelablemente a aquellos fieles de la Iglesia que —en materias no con-

(1) Editorial Pecos. Madrid, 1977.